

colección
**PERIODISMO
CULTURAL**

Voces del Cervantino

Leticia Sánchez Medel





Egresada de la licenciatura en periodismo y comunicación de la FES Acatlán de la UNAM y posgraduada por la Universidad Iberoamericana en periodismo de investigación. Durante más de dos décadas ha contribuido en el desarrollo del periodismo cultural como reportera en el IMER, en Milenio Televisión y en los periódicos *Reforma* y *Milenio Diario*.

Entre sus trabajos destaca la publicación del hallazgo de otro final de la película *Los Olvidados* de Luis Buñuel, cinta que se encontraba entre latas abandonadas en la Filmoteca de la UNAM. Este hecho insólito desató una serie de entrevistas, una de ellas con Octavio Paz, quien aseguró haber sido el artífice de la presentación de este filme en el Festival de Cannes. Poseedora de una formación multidisciplinaria, cuenta con la especialización en comunicación científica y médica, así como en periodismo religioso.

Entre los cursos y talleres que ha tomado, destacan los impartidos por el comunicólogo francés Abraham Moles; el periodista polaco Ryszard Kapuściński, y el padre del periodismo encubierto, Günter Wallraff. Es autora del libro *Festival Internacional Cervantino, 40 visiones de un mismo escenario*, publicado en 2012 con motivo de los cuarenta años del festival considerado entre los cinco mejores del mundo.

Prefacio

El Festival Internacional Cervantino (FIC) es hoy en día el encuentro cultural con mayor vitalidad en América Latina y está considerado como uno de los cinco festivales más importantes del mundo.

Un trabajo continuo de 42 años lo ha consolidado como una institución cultural que reúne, en el mes de octubre en la ciudad de Guanajuato, las expresiones más representativas del arte universal.

Durante estas décadas, miles de turistas y generaciones de guanajuatenses han sido testigos de la presencia de los creadores más significativos del mundo, entre ellos Rudolf Nureyev, B.B. King, Ella Fitzgerald, Martha Graham, Leonard Bernstein, el Ballet Bolshói, Pina Bausch, Sankai Juku, Goran Bregović, Zubin Mehta, Akira Kasai, Carlos Kleiber y Meno Fortas, por mencionar sólo algunos de los exponentes que se han dado cita en el FIC.

Música, danza, teatro, artes visuales, cine y literatura, de muy diversos géneros y estilos, han sido parte de su programación bajo un criterio básico: la calidad.

Pero que el Festival sea culturalmente trascendental no sólo se debe a méritos propios, sino que es un logro íntimamente ligado a la labor que han realizado miles de profesionales de los medios de comunicación.

Año con año, centenares de periodistas, camarógrafos y fotógrafos trabajan sin tregua para dejar constancia y llevar a lectores, televidentes y radioescuchas las maravillosas

historias que se gestan en una iniciativa cultural de esta naturaleza.

La presencia de la prensa y de la crítica especializada ha sido su principal factor de resonancia, no sólo desde su creación en 1972, sino desde que el mismo Enrique Ruelas diera pie al Festival con las representaciones de los *Entremeses cervantinos*, que desde 1953 comenzaron a realizarse en las calles de Guanajuato, con la participación de la comunidad universitaria y los habitantes de esta ciudad.

Los periodistas han sido los responsables de la generación de nuevas miradas y puntos de vista alrededor de este fenómeno cultural. Y al mismo tiempo, la cobertura que del Cervantino se ha realizado da cuenta del desarrollo que el periodismo cultural ha tenido en México.

El ejercicio de comunicación llevado a cabo por estos profesionales no sólo ha tenido como enfoque la difusión, sino que se ha convertido en un campo de creación misma; es decir, el lenguaje escrito, sonoro y visual, ejercido desde el periodismo, ha sido, alrededor del Festival, campo de propuestas estéticas e ideológicas en el debate público.

Las laberínticas calles de Guanajuato, las conferencias de prensa, los espectáculos mismos, y ¿por qué no?, la bohemia de la noche que permite el acercamiento más relajado entre los comunicadores y los artistas, son escenarios en los que se tejen muchas de las anécdotas y vivencias que hoy forman parte de esta publicación.

Pero, ¿qué es lo que ya no fue posible publicar en los periódicos? ¿Qué es lo que los camarógrafos no grabaron? ¿Qué es lo que los periodistas atestiguaron y no compartieron con sus audiencias por diversas circunstancias? De eso trata este libro: de historias inéditas que suman diversas aristas a la fascinación que de por sí evoca este gran festival.

Festival Internacional Cervantino

Presentación

Voces del Cervantino es la otra historia del Festival Internacional Cervantino (FIC), la inédita. Es la memoria del encuentro cultural más importante de este país, reconstruida mediante las vivencias de los periodistas que han dado cuenta de la llamada Fiesta del Espíritu.

Teniendo como antecedente el libro conmemorativo *Festival Internacional Cervantino, 40 visiones de un mismo escenario*, editado en el marco de las cuatro décadas del encuentro cultural, este proyecto retoma su esencia y convoca a más de una treintena de reporteros, quienes aceptaron dar su testimonio sobre el Cervantino para su publicación en la colección Periodismo Cultural del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta).

La intención de este ejemplar es dar voz a estos periodistas, para conformar una mitología cervantina, construida con historias no consignadas antes por no ser noticias, pues la voz en los medios está dedicada a difundir las opiniones de los otros, no la propia. Ahora, su memoria es la gran fuente de información.

Esta obra recupera anécdotas, coberturas y relatos sorprendentes compartidos por cinco generaciones de reporteros de a pie, esos que diariamente salen en busca de la gran historia. Constituye un reconocimiento al Festival desde las voces de los personajes que a lo largo de 42 años lo han reseñado en sus reportajes, notas, crónicas y columnas difundidas en los periódicos, la radio, la televisión y a través de internet.

Y debido a que este libro contiene la historia tras bambalinas del FIC, que hasta ahora no había sido publicada, merece reconocimiento la visión del doctor Jorge Volpi, director del Festival, por avalar estas voces y difundirlas sin censura.

Sin duda, cada uno de los testimonios de los periodistas refleja el desarrollo del FIC, el cual no puede entenderse sin los referentes económicos, políticos, culturales y sociales de nuestro país. De ahí que los reporteros llamen “época de oro del Cervantino” al periodo cuando al frente de su patronato estaba la señora Carmen Romano, esposa del ex presidente José López Portillo, y hablen de la relación prensa-poder y del dispendio de recursos que permitía que en México se presentaran los mejores espectáculos del orbe, a tal grado que el Festival se consideró en el periódico francés *Le Monde* como uno de los mejores del mundo, tras compararlo con el Festival de Salzburgo, en Austria.

Pero esa época también está marcada por una famosa frase acuñada por el entonces jefe del Ejecutivo: “No pago para que me peguen”, en alusión a la prensa que ejercía la crítica hacia su gobierno. Su declaración de 1982 tuvo también eco en el Cervantino, ya que a la reportera Sonia Morales de la revista *Proceso* se le retiró la invitación y el apoyo para que acudiera al FIC. No obstante, ella logró asistir y dar cuenta del desarrollo de la edición número 10 del Festival.

Entre las historias reveladoras se encuentra la que ofrece el periodista y editor Víctor Roura, quien asegura que con la creación del FIC se dio pauta a la reunión masiva, a las conglomeraciones que estaban prohibidas tras los sucesos de 1968.

Es sorprendente constatar a lo largo del libro cómo un mismo acontecimiento se recuerda desde diversas perspectivas, como las que refieren los periodistas Raquel Peguero y Braulio Peralta. Ella aún recuerda la perfección dancística de Rudolf Nureyev en su presentación en el Teatro Juárez; mientras que él asegura que el bailarín ruso ya estaba en decadencia.

La mayoría coincide en que el FIC ha sido un rito iniciático para los reporteros, un privilegio, una experiencia de vida, un

premio, una escuela de periodismo cultural, una posibilidad de convivir con el gremio, pero, sobre todo, una prueba de fuego para cualquiera y un enorme desafío en el momento de traducir y transmitir la esencia de cada una de las expresiones artísticas y culturales que se presentan en el Cervantino.

Reitero, como lo hice en el libro anterior, el famoso refrán “ni son todos los que están, ni están todos los que son”, pero son algunos de los más destacados periodistas de la fuente cultural, reconocidos por sus aportaciones a la Fiesta del Espíritu.

Los protagonistas anónimos

Fue un verdadero privilegio que connotados periodistas compartieran generosamente sus testimonios, sus historias, sus relatos y sus maravillosas anécdotas alrededor de este encuentro multidisciplinario, concebido como una lluvia de fuegos de artificio conformada por la música, la danza, el teatro, la literatura y las artes visuales.

Con la voz en primera persona, los entrevistados hablan del FIC —que tuvo sus orígenes en los *Entremeses cervantinos* concebidos por el dramaturgo y director Enrique Ruelas en 1953—, de sus aciertos, de los pendientes, de los buenos momentos, de los espectáculos inolvidables, de sus hallazgos y, por supuesto, de su forma de vivir y gozar este encuentro cultural.

Son 32 las voces que entrelazan la historia y la creación del Festival en este libro lleno de relatos inéditos alrededor de aquel al que el periodista Pablo Espinosa llama “Olimpo cultural”.

Desde la voz de los corresponsales, de los enviados, de los reporteros locales, de los noveles o de larga trayectoria, este libro es toda una aventura, como lo podrá constatar el lector, pues estos testimonios forman parte de las más de 40 mil notas informativas publicadas alrededor del desarrollo histórico del Cervantino, por parte de los periodistas culturales que han presenciado más de dos mil eventos artísticos en 42 años de

existencia del FIC. Pero más allá de hacer referencia a ellas, los periodistas hablan de lo que hubo alrededor de esas publicaciones; por eso resulta interesante leer los arrebatos al olvido de Angélica Abelleira, Manuel Lino, Juan Carlos Castellanos, Carlos Olvera, Luis Carlos Sánchez, Carlos Paul, Abida Ventura, Arturo Mendoza Mociño, Fabián Muñoz, Raúl Díaz, Ernesto Márquez, Alberto Aranda, Laura Lozano, Saraí Campech, Carolina López Hidalgo, Emilio Cuevas y Gladys Peña Escalante.

Asimismo, los testimonios de los reconocidos periodistas que fueron pioneros en la cobertura periodística del FIC como Verónica Espinosa, Raquel Peguero, Sonia Morales, María Elena Matadamas, José Luis Martínez, Braulio Peralta y Víctor Roura. En este esfuerzo por recuperar la memoria, hubo además varios reporteros que decidieron escribir sus vivencias y sus reflexiones alrededor del Cervantino: Merry MacMasters, Hilda Anchondo, Jesús Alejo Santiago, Angel Caamaño y José Antonio Olvera.

Para ofrecer una visión internacional, debido a que el Festival trasciende fronteras, entrevisté a dos corresponsales, Enrique Atonal, de Radio Francia Internacional, y Frédéric Saliba, corresponsal de *Le Monde*. Y, en un intento por evocar el trabajo y la presencia de periodistas que dejaron huella pero que ya no están entre nosotros, rememoro también las figuras de José Rafael Bravo Meza y Rotger Rosas.

Debido a que todos los periodistas se refieren al Teatro Juárez como sede oficial del FIC, consideré relevante incluir en un anexo las voces que dan cuenta de la historia y funcionamiento de este foro centenario.

En síntesis, cada capítulo de libro *Voces del Cervantino* tiene un gran mérito, pues rescata la oralidad que pocas veces se aprecia como un valioso testimonio histórico.

Leticia Sánchez Medel

VOCES SOBRE EL ESCENARIO

VOCES DE PESO

Cuando éramos ricos Raquel Peguero

Me tocó acudir al FIC, en la época del ex presidente José López Portillo (1976-1982). Había salido de la universidad y concluido mi servicio social en Radio UNAM, donde me invitaron a trabajar.

El primer encargo profesional que me hicieron fue acudir a la octava edición del Cervantino, que en aquel entonces se realizaba durante todo el mes de mayo; era una fecha complicada por la falta de agua y todos los problemas que se generaban por su escasez. Años más tarde, esta situación obligaría a los organizadores a cambiarlo al mes de octubre.

En aquella época, el Festival pagaba todo, ponía camiones a disposición de los periodistas, y los medios enviaban hasta dos reporteros y un fotógrafo. Los anfitriones designaban los hoteles para sus invitados y fue cuando me di cuenta de que había jerarquías, los reporteros de los grandes diarios y revistas se quedaban en los mejores.

Posteriormente, me invitaron a trabajar al periódico *El Día*, porque yo era muy insistente. Conseguía entrevistas que los otros no tenían; tal vez no eran buenas, pero yo obtenía las exclusivas. A partir de entonces, cada año fui al Cervantino, creo que acudí hasta que me salí de *El Día*, en 1989, porque al año siguiente entré a *La Jornada*.

Iba al Cervantino con Enrique Gorlero, quien era mi jefe en la sección de espectáculos, y eso era maravilloso, porque me guiaba para poder apreciar los espectáculos y escribir sobre ellos.

Conocí a gente como el director de orquesta estadounidense Leonard Bernstein (1918-1990); pude ver a la coreógrafa y bailarina norteamericana, Martha Graham (1894-1991); al bailarín británico, Lindsay Kemp; al coreógrafo y bailarín francés, Maurice Béjart, y al gran bailarín ruso, Rudolf Nureyev, considerado el mejor del siglo xx. Yo todavía sueño con el salto espectacular con el que cruzó el escenario del Teatro Juárez; fue realmente fantástico: lo evoco y parece que estoy viendo a ese bailarín portentoso, que no hubiese podido admirar si no es porque estuve en 1982 en el Cervantino.

En el primer Festival me encontraba tan asustada que hay cosas que no me vienen a la mente, pero recuerdo a Núria Espert (1935), la maravillosa actriz española, que trajo un espectáculo del poeta español Federico García Lorca (1898-1936) al Teatro Juárez. Me acuerdo también de la presentación del pianista chileno Claudio Arrau (1903-1991).

Era fantástico ver a los artistas pasar, despidiendo el sudor del escenario y comer en el mismo lugar que ellos, en el Mesón de San Antonio. Para mí estar allí fue muy importante porque yo era la más chiquita de la fuente y los grandes periodistas me dieron la oportunidad de convivir y aprender de ellos: Fernando de Ita, Enrique Gorlero, Guadalupe Pereyra y Mauricio Ciechanower, El Cheché (q.e.p.d.). Sabían muchísimo, así que yo llegaba a sentarme a su mesa para escucharlos diseccionar los espectáculos que habíamos visto.

Por eso, para mí el Cervantino fue una de las escuelas más impresionantes. No sólo era enfrentarme con el hecho artístico que nunca hubiera podido ver, porque no tenía ni un peso para hacerlo, pero que gracias al Festival tuve la posibilidad de adentrarme a ese mundo fantástico y descubrir propuestas artísticas increíbles.

En los 10 años del FIC no me iban a enviar, pero le dije a mi jefe: "He ido anteriormente, y ahora que vienen las grandes estrellas, ¿por qué no voy a ir?" Entonces hice mi berrinche. Funcionó y me mandaron, porque en lo personal era muy

importante tener ese acercamiento con las figuras de la cultura nacional y mundial.

Recuerdo mucho una entrevista que le hizo la crítica de arte Raquel Tibol (1923) a Manuel Álvarez Bravo (1902-2002), uno de los fundadores de la fotografía moderna; fue prácticamente un “duelo de titanes”, era impresionante verlos en acción. Ese encuentro fue espectacular, como también lo fue la creación y apertura del Museo Diego Rivera en la casa donde nació el muralista mexicano.

Me tocó ver cómo fue creciendo el Cervantino, y cómo se convirtió en una gran escuela, la mejor universidad para los periodistas de la fuente cultural.

Un día, Sonia Morales, reportera de la revista *Proceso*, me explicó que se podían mandar las fotografías por fax, y yo me sorprendí; no entendía el mecanismo del envío, y no era la única; alguien le sugirió a una reportera pasar su nota por fax. Al preguntar ella “¿por dónde?”, le respondieron que debajo del teléfono. Levantó la bocina y no encontró aquella maravilla. Era la nueva tecnología que nos estaba llegando, ya que en aquellos años escribíamos en máquinas mecánicas y enviábamos nuestras notas por télex, o las dictábamos por teléfono.

Los festivales se inauguraban en el Teatro Juárez —no como ahora que son más populares, en la Alhóndiga de Granaditas—, siempre encabezados por la señora Carmen Romano de López Portillo (1926-2000) y hasta por el ex presidente José López Portillo.

El Cervantino ha tenido sus altas y sus bajas, con dinero se puede comprar la calidad, y ahora que no lo tiene, consigue lo que puede, pero a pesar de todo, ha mantenido un nivel, aunque ya no veamos a esas grandes figuras, muchas de las cuales ya no están entre nosotros.

Hace dos años estaba viendo el programa del 40 Festival y sufrí mucho porque no veía nada que me llamara la atención y me moviera para ir a Guanajuato un fin de semana. Claro, vino Riccardo Muti, el director de orquesta italiano al frente de la

Orquesta Sinfónica de Chicago, y lo vi en el Palacio de Bellas Artes, por lo que no extrañé al director Leonard Bernstein, quien vino al décimo Cervantino en 1982.

Siento que de repente sólo están cubriendo huecos; la última vez que fui a trabajar, tal vez hace unos 15 años, pensaba que en la década de los ochenta veía entre cinco y seis espectáculos diarios, y a veces me quedaba sin presenciar algunos. Ahora, ¿qué ven los periodistas?, si ven tres espectáculos, ya es mucho.

Guardo todas las memorias de los Cervantinos a los que fui; incluso, conservo algunas de las versiones estenográficas de las conferencias de prensa que llegaron a dar estas estrellas, como la del bailarín británico, actor, mimo y coreógrafo, Lindsay Kemp. Y no sólo eso: guardo una de las entrevistas que más me impactó, que le hizo Fernando de Ita y que se publicó en el periódico *unomásuno*, con motivo de su espectáculo *Flowers*.

Todo el mundo quería entrevistarle, y el único que lo logró fue Fernando de Ita, como siempre. Uno leía la entrevista y parecía que tocaba la piel rosa de Lindsay Kemp, por cómo lo describía, por las cosas que le hizo decir, por el ambiente que se creó a su alrededor. Era una entrevista maravillosa acerca de la que yo me cuestionaba: “¿Cómo es que no puedo hacer algo como esto?” Decíamos que era digna de obtener el Premio Nacional de Periodismo y se la inscribió, pero por ser de cultura no la consideraron.

También recuerdo una crítica que hizo José Gorlero de la presentación del bailarín estadounidense Alwin Nikolais (1910-1993) en el Teatro Juárez, en el marco del Cervantino número 8: “Con la misma precisión con que camina un reloj, la danza de Nikolais se va engarzando...”; explicaba todo el mecanismo de la danza como el transitar de las manecillas de un reloj, y gracias a esa publicación entendí entonces el sentido de la coreografía.

El reflejo de la prensa y el poder Sonia Morales

En 1982, José López Portillo y Pacheco hizo famosa la frase “No pago para que me peguen”, la cual pasaría a la historia como muestra de las relaciones entre la prensa y el poder. Era el último año de su sexenio y ordenó el boicot publicitario a la revista *Proceso*, dirigida por Julio Scherer García, por ser la publicación incómoda que denunciaba los actos de corrupción de su gobierno.

Las consecuencias de esa decisión llegaron hasta el FIC, y a mí me cancelaron la invitación a la llamada Fiesta del Espíritu.

En mayo de 1982, Francisco Galindo Ochoa, al frente de la Coordinación General de Comunicación Social de la Presidencia de la República, en represalia a la línea editorial de *Proceso*, emitió la orden a todas las dependencias federales y a los gobiernos de los estados para que cancelaran los contratos de publicidad. A esa acción también se sumó el impedimento para que el reportero de la revista y de su agencia informativa cubriera las giras del presidente; el argumento fue que se contaba con un bajo presupuesto.

En ese año tuve que irme a Guanajuato con gastos pagados y financiados por la revista. Me dieron viáticos para reportear la mitad del Cervantino, y la otra parte la cubriría Armando Ponce, quien era mi jefe.

Realizar la cobertura resultó algo complicado, ya que era difícil comprar los boletos en taquilla debido a que la mayoría de las veces estaban agotados, particularmente cuando se trataba de los espectáculos más importantes del Festival.

Finalmente, los encargados de prensa del Cervantino se con-
dolieron, primero de mí y después de mi jefe, pues aceptaron
darnos cortesías de prensa.

En esa ocasión me asocié con la reportera del periódico *El
Norte*, de Monterrey, quien por política de su medio no podía
aceptar invitaciones gubernamentales, porque para sus jefes
eso implicaba corrupción. Nos juntamos, y entre las dos pa-
gamos una habitación; lo bueno es que nos dieron facturas a
cada una con nuestros respectivos montos, con la finalidad
de poder justificar los viáticos.

Todo el conflicto con la revista *Proceso* inició porque los
cartones del caricaturista Rogelio Naranjo y las opiniones de
uno de los columnistas eran la piedrita en el zapato de López
Portillo. Después supimos que en varias ocasiones le había
pedido a Julio Scherer que los sacara de la revista, y como no
aceptó, entonces retiraron por completo la publicidad oficial.
De hecho, hay un texto publicado donde se narra la historia
donde a mí me cancelan la invitación para el Cervantino, y a
Manolo, el reportero que cubría la fuente de presidencia, lo
bajan del avión.

Todavía traté de negociar con los organizadores del Festival
para que me acreditaran como reportera de la agencia de la
revista, y lo estuvieron tramitando; finalmente me dijeron que
todo lo que implicara cualquier producto de Scherer no estaba
incluido, así que no me podían invitar.

Lo que sí ocurrió fue que, como conocía al encargado de
prensa del Cervantino, le pedí que me ayudara a conseguir
hospedaje, pues en esa época era imposible, debido a que el
FIC tenía bloqueadas todas las habitaciones de los hoteles cer-
canos a los recintos cervantinos. Afortunadamente me ayudó
liberando un cuarto.

El Cervantino de López Portillo

En un principio, doña Dolores del Río, al frente del patronato, estaba muy metida en la organización del FIC, y pidió apoyo al gobierno federal. Años más tarde la señora Carmen Romano, esposa del entonces presidente López Portillo, como era pianista, se interesó por el Festival, y propició con ello que hubiera mucho dinero para su organización. Los recursos venían del Fondo Nacional para las Actividades Sociales (Fonapas), la institución encargada de dar dinero y medios para los programas culturales de las zonas de escasos recursos.

Obviamente, que al contar con un enorme presupuesto, el Cervantino pudo programar a grupos y compañías de gran renombre internacional como una muestra de lo que estaba sucediendo en el mundo. Por eso, para mí era una gran ilusión ir al Festival, porque sabía que en ese momento participaban artistas de gran nivel. Había muchísimo dinero en aquel entonces, y eso les permitía viajar a los directivos del FIC durante todo el año para poder contratar a los mejores solistas, compañías y orquestas del mundo.

Empecé a ir al Cervantino en 1981. Ya estaba yo en la sección cultural de la revista *Proceso*, había entrado en 1979, cuando todavía no terminaba la escuela: mis estudios los concluí en 1980. Ese año, pues, mi jefe me dijo: "Ahora sí te vas al Cervantino"; yo estaba feliz, era muy joven, y sí, había leído sobre todo literatura y tenía algún contacto con el teatro, pero muy superficial; sabía lo que una puede aprender por sí misma. La verdad es que mis conocimientos eran pocos frente a mis ganas de aprender y de tener esa maravillosa experiencia.

En mi primer año me junté con los grandes periodistas, con los que sabían y, sobre todo, con un reportero argentino que se llamaba Mauricio Ciechanower, así como con el crítico de música de *Proceso* José Antonio Alcaraz (1938-2001), ambos ya fallecidos. Siempre me les pegaba, así que me enseñaron muchísimo de música, aunque también alguna vez me tocó ver un *ballet* cerca de Alberto Dallal, el crítico maravilloso de

danza, que había sido mi profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPYS).

Aquel año hubo una obra que me impresionó mucho del grupo español La Cuadra de Sevilla, del actor y director Salvador Távora (1934). Desde entonces tengo ganas de ir a buscarlo; en aquel momento el artista me dio su tarjeta y me dijo: "Cuando quieras te veo en Sevilla". De eso ya pasaron 30 años y no se me ha hecho ir a verlo.

Algunos críticos y reporteros dicen que a partir de que la participación en el FIC se redujo a los grupos que vienen por convenios o intercambios con las embajadas, la calidad bajó. Nos quedamos sin esa parte de las obras comerciales que pueden ser muy buenas, pero que solamente pueden verse en ciudades como Londres, donde se encuentran obras como *El fantasma de la ópera*, que difícilmente vendrían a México debido a que sus promotores no se meten a esos intercambios culturales, ya que les conviene más comercializar la obra que averiguar si los dejan venir al Cervantino.

Cuando México amasaba la fortuna del petróleo

María Elena Matadamas

Tendría 19 o 20 años la primera vez que fui al Cervantino, era realmente un reto, tenía miedo, pero al mismo tiempo me emocionaba poder estar ahí, porque todavía estaba estudiando.

Me tocó estar en los buenos tiempos del Cervantino cuando México amasaba la fortuna del petróleo, era el sexenio de José López Portillo y en aquel entonces yo venía de haber trabajado en Bellas Artes.

La oportunidad que tuve de ir al Cervantino fue que, al ingresar al periódico *Novedades*, entré a la sección de sociales, y cuando le pedí a mi editor que me enviara al FIC, no tuve competencia de mis compañeras. Durante cinco años nadie me disputó la asistencia a esta fiesta cultural, ya que resolvía el problema del espacio, pues con la información que enviaba cubría fácilmente dos planas de un periódico de tamaño estándar, y yo veía mis notas publicadas y realmente me sentía fascinada.

Aprendí a trabajar bajo presión al enfrentarme a las grandes figuras de las artes escénicas. Por su valor, conservo la transcripción de la versión estenográfica (de las que se hacían en esa época) de la conferencia de prensa del coreógrafo Maurice Béjart. Cuando supe que vendría al Cervantino, lo primero que pensé fue: "¡No me lo puedo perder!"

Como reportera asumí el compromiso de mandar la mejor información. Había competencia, pero digamos que consistía en tratar de redactar la nota de forma interesante, no recuerdo

que nos estuviéramos pisando entre los compañeros. Claro, ¿quién no quería tener la primicia?, tomando en cuenta que los medios siempre han tenido el criterio de que quien pega primero, pega mejor; ya después llegó otra generación, y el énfasis se hacía en ganar la nota a los otros medios.

Versiones estenográficas

En los primeros años en que asistí al Cervantino, el área de Comunicación Social de la Presidencia de la República había tomado en sus manos el control de prensa del Festival, tenía toda la experiencia, sabía y conocía de las necesidades de los periodistas. Las áreas de prensa de las instituciones culturales eran muy nuevas, no tenían todavía la perspectiva para ayudar al reportero a realizar mejor su trabajo.

Presidencia apoyaba a los periodistas facilitándoles la información y ayudándoles con las versiones estenográficas de cada una de las conferencias de prensa que ofrecían los diferentes grupos y solistas participantes. La idea era que cada uno tuviera su encuentro con la prensa; puedo decir que con ese tipo de apoyo nos ahorran volver a escuchar las grabaciones y la transcripción. De esa forma los reporteros podíamos generar la información con prontitud y responder a nuestros medios, porque de otra forma no hubiésemos podido hacerlo, era imposible multiplicarnos.

Después, ese gran apoyo desapareció, se perdió, a pesar de que resultaba de gran ayuda para los periodistas que teníamos que cubrir una conferencia de prensa tras otra, y lo digo con conocimiento, ya que fui al Cervantino durante 18 años seguidos.

De reportera a editora

De reportera pasé a ser coeditora y después editora de la sección "Cultura" del periódico *El Universal*. Ya como editora pude

aplicar justamente el criterio de lo que puede ser interesante para el lector desde mi sensibilidad y experiencia. Consideraba siempre que en Guanajuato los reporteros estaban sujetos a mucha presión, porque se enfrentaban con diversas barreras y a una dinámica de estrés total.

Al frente de la edición, en el 2000, propuse un suplemento del Cervantino, fuimos el primer periódico que negoció acuerdos con el FIC para hacerlo. Fue todo un reto, porque tuve que convencer al director del periódico de que nuestros lectores se merecían un suplemento del Festival más importante del país. Su argumento fue que no había difusión, pero la situación se superó, porque se logró el apoyo del departamento de publicidad. El resultado es que esos suplementos continúan apareciendo hasta la fecha, cosa que celebro mucho.

Debemos entender que los periodistas trabajamos para empresas, y las empresas no quieren perder, quieren ganar: no ven nuestro quehacer como una labor social, lo ven como un negocio, y si no hay dinero, entonces no hay ningún tipo de suplemento.

A revisión el Cervantino

A 42 años de distancia, creo que el Cervantino ya tendría que revisar y establecer lineamientos que lo definan, para que no dependa de los cambios sexenales, pues cada seis años se extingue un país e inicia otro, lo que implica que cada nuevo director quiera aplicar en el FIC sus maravillosas ideas.

Es un festival que ha presentado de todo, y todavía no logra tener un perfil específico. A estas alturas, después de tantos años se le debe hacer una revisión. Ya merece tener un rostro definido como el de la Feria Internacional del Libro (FIL) de Guadalajara, que nació con un objetivo específico; se podría retomar ese ejemplo con la idea de que el Cervantino tenga larga vida.

Vivencias Cervantinas

En la actualidad, el FIC depende de muchos factores: de cuánto dinero hay, de los gustos de quien está al frente, y todo eso ha impedido la consolidación de su identidad. Por ello, insisto en que sería deseable que tuviera una definición más clara. Si el Festival tiene un consejo, no debería de sufrir esos altibajos.

En la primera etapa en que me tocó asistir al Cervantino acudían hordas de periodistas, no sólo de México sino del mundo. Nos invitaban los organizadores y nos atendían de maravilla. Trabajábamos bajo una presión bárbara porque teníamos que enviar la información temprano, pues las secciones de cultura de los periódicos son las primeras en cerrar.

Ésos fueron los mejores días de mi vida laboral. Recuerdo con mucho cariño a mis colegas por su compañerismo, sus enseñanzas, su calidez y su solidaridad con una reportera novata. Mis colegas de otros medios fueron mis maestros. Creo que aprendí más cubriendo el Cervantino que en la Escuela de Periodismo Carlos Septién.

En los últimos años, el diario ya no veía utilidad en enviar a los periodistas durante todo el FIC. El cuestionamiento era: “¿Para qué tantos días?, mejor elijan lo más importante y que sólo se cubra eso”. Lo sorprendente es que los otros medios impresos empezaron a hacer lo mismo.

En la actualidad, la presencia periodística está muy disminuida, lo cual tiene que ver con que la cultura y el arte no se ven como una prioridad, pero sobre todo, con que los medios están ahora muy ocupados con la agenda que domina: la nota roja, el narco, la violencia, la corrupción y todo lo que padece el país.

Me hubiera gustado escribir más...

José Luis Martínez S.

A principios de los ochenta, como jefe de Redacción de la revista *Su Otro Yo*, asistía en calidad de invitado al FIC. Escribía muy poco, porque la revista era mensual, pero vivía mucho el ambiente y los espectáculos; eso tuvo un lado positivo y uno negativo. El positivo es que pude ver las propuestas con mayor detenimiento, y el negativo es que contuve la adrenalina propia del periodista.

Pocos años después, como reportero del periódico *Esto*, tuve el privilegio de cubrir el Cervantino y foguearme escribiendo tres o cuatro notas diarias, además de una columna llamada "Picota", firmada por El Santo Oficio. Ello me obligó a trabajar y vivir intensamente una época en la que coincidíamos muchos periodistas a los que nos gustaban la bohemia y el reventón. En el transcurso del día y, por supuesto, en la noche, visitábamos lugares como las cantinas El Incendio y La Barra de Santander —llamada también la Barra de No Entender—, que era mi favorita.

Recuerdo, durante el gobierno de Rafael Corrales Ayala, las fiestas que se organizaban para los periodistas e invitados especiales; también —con cierta nostalgia— al extraordinario equipo de prensa conformado por Lourdes Gómez, con Miguel Ángel Pineda, Emiliano Pérez Cruz y Manuel Gutiérrez Oropeza; prácticamente hacían boletines de autor, y —como suele suceder— muchos reporteros los recogían y firmaban sin ningún pudor.

Desde su origen, el FIC siempre ha contado con un programa impresionante, y por sus escenarios han desfilado estrellas como Ella Fitzgerald o Joan Baez (1941). Pero también ha sido el punto de arranque de artistas mexicanos como el director y dramaturgo Mauricio Jiménez (1964), quien bajo el cielo de Guanajuato presentó una excepcional puesta en escena de *Lo que cala son los filos*.

El Cervantino fue —para los periodistas de mi generación— un punto de encuentro, una cita acordada con un año de anticipación. En esa época en la que eran inimaginables internet y las redes sociales, los compañeros y amigos de diferentes partes del país sabíamos que ahí nos íbamos a encontrar para compartir experiencias, proyectos, anécdotas, borracheras.

En esta cita anual existía la competencia, una enorme voluntad por el trabajo individual, pero también una gran camaradería. Yo disfrutaba mucho el alcohol y las desveladas en esa época; llegaba a mi habitación a las seis de la mañana, pero a las nueve, antes de que se abriera la sala de prensa, ya estaba preparado para mandar mis primeras notas e irme a reportear a las conferencias, a las entrevistas, a los espectáculos. Al llegar la noche, todos mis sentidos estaban dispuestos para un día más de juerga, para el placer de conversar con mis compañeros sobre lo ocurrido en el día y lo que vendría al siguiente.

Me acuerdo de Pedro Ferriz de Con, solitario, transmitiendo para Canal Once, sin nadie que le hiciera caso; de los reporteros de Televisa, al margen de lo que hacíamos los de prensa escrita, que nos sentíamos, sin duda, los más importantes; del valor que se les daba a críticos como José Antonio Alcaraz, Olga Harmony o Fernando de Ita; de amigos tan queridos como Braulio Peralta, Gonzalo Valdez Medellín o Juan Jiménez Patiño...

El Cervantino era —como dice el eslogan— la Fiesta del Espíritu, pero también una gran fiesta para los reporteros. Muchos años después, ya en la década del 2000, volví algunas veces como invitado, lo cual fue agradable, pero nunca tan intenso

y placentero como estar en la jugada reportando, escribiendo todos los días sobre lo que uno ve o escucha.

El Cervantino es una gran escuela para periodistas; a nosotros nos dio la oportunidad de mirar la cultura del mundo en una ciudad tan hermosa como Guanajuato. El Festival ha crecido mientras nosotros hemos envejecido; en aquella época andábamos en los 20 años, y a esa edad tuvimos una envidiable educación artística gracias a esa cita anual en Guanajuato.

En la actualidad, veo el Cervantino cada vez más grande, cada vez con una mayor duración; no sé si eso sea bueno. Lo que sí veo muy benéfico es que los espectáculos ya no se quedan en Guanajuato: se presentan en otros estados de la república, lo que resulta muy conveniente no sólo desde el punto de vista de la difusión cultural, sino también de la economía, porque resulta muy caro traer a muchos de ellos desde sus lugares de origen para que únicamente se presenten en la sede habitual del Cervantino.

Una de las propuestas que más me interesaba del FIC era el premio periodístico El Gallo Pitagórico (en homenaje a la obra de Juan Bautista Morales), que entregaban los reporteros a sus pares. Era un reconocimiento al trabajo más valioso escrito durante el Festival, según los propios periodistas.

En los años en que reportaba el Cervantino, la sección cultural de *La Jornada* vivía una de sus mejores épocas; todo el mundo quería publicar o ser publicado ahí —yo llegué a publicar en *La Jornada Semanal* cuando la dirigía Fernando Benítez, pero siempre me quedé con las ganas de escribir cuando menos un texto para esa sección espléndida dirigida por Braulio Peralta y con reporteros como Arturo García Hernández, Patricia Vega y Angélica Abelleira.

Patricia, por cierto, fue la primera reportera que vi con una computadora portátil para transmitir directamente a su periódico. Todos la mirábamos trabajar por encima de su hombro; era absolutamente novedoso observar cómo a través de ese aparato se podía enviar la información.

En mi caso, tuve el privilegio de colaborar en la Organización Editorial Mexicana, por lo que mis notas y mis columnas se publicaban en *Esto*, *El Sol de México*, y en alrededor de 70 periódicos de todo el país, además de que las recibía la Agencia UPI.

Con todo, pienso que no aproveché totalmente las ventajas que me ofrecía el Cervantino; me dediqué a realizar crónicas, cubrir conferencias de prensa y asistir a los cocteles, pero nunca fui más allá: me conformé con lo rutinario, pensé que las experiencias y los personajes siempre iban a estar ahí, pero me equivoqué. Por ejemplo, en una ocasión llegó Ana Sokolow (1910-2000), la introductora de la danza moderna en México; se le hizo un homenaje en el Teatro Juárez y yo tuve la posibilidad de hablar con ella, pero no lo hice. Muchos años después, sigo pensando: “¿Por qué no la entrevisté?” Ésa fue una de tantas oportunidades que dejé pasar.

El Cervantino fundamentalmente es bohemia **Braulio Peralta**

Lo primero que diría, porque me parece muy importante, es que no hay cultura sin bohemia. No existe la posibilidad de hacer cultura desde el punto de vista académico y dogmático, sólo se puede hacer desde la perspectiva de los periodistas alegres, divertidos, curiosos, chismosos, borrachos, lúdicos, burlones, ignorantes, cultos, preparados y dispuestos a investigar y a saber qué es lo que se está admirando. El FIC fundamentalmente es bohemia, así que si como periodista no se va allá con alegría por la fiesta de las artes, para mí, no se es reportero.

Lo segundo que me importa rescatar es la figura del maestro Enrique Ruelas, quien en 1953 creó los *Entremeses cervantinos*. Lo tengo que decir: él fue mi maestro de actuación en la Facultad de Filosofía y Letras (FFYL), cuando yo estudiaba la carrera de literatura dramática. En aquel entonces, me parecía “gaga”, un viejo de una vanguardia absolutamente trasnochada, y sus clases me resultaban aburridísimas.

No conocía su historia hasta que fui al Cervantino, donde descubrí que Ruelas era el origen del Festival y una vanguardia de nuestro teatro mexicano de los años cincuenta y sesenta. Me parece muy importante darle un reconocimiento al maestro Ruelas, e injusto decir que fue la señora Carmen Romano quien impulsó al Cervantino, o que fue la señora María Esther Zuno de Echeverría.

La cultura es consecuencia de la historia, y como tal, los *Entremeses cervantinos* fueron el origen; por eso creo que es

justo decir que como Festival existe desde 1953. No reconocerlo es como cortarle intencionalmente las alas al origen.

Fernando de Ita cuenta muy bien los chismes de cómo surgió el Festival; es fantástico lo que dice al narrar la anécdota de la actriz Dolores del Río; es muy enriquecedora la cultura del chisme, pero debe ser la historia a secas.

Carrera que nace con el Cervantino

Creo que los periodistas que acudimos al Cervantino partimos de nuestra ignorancia; vamos un poco a tientas, porque no existe la carrera de periodista cultural. Ha sido un oficio que se ha creado con los años, es un proceso que se viene desarrollando, por eso me parece que todo el material publicado sobre el Festival tiene enormes deficiencias desde el punto de vista teórico de lo que se entiende como danza, teatro, música, artes plásticas. Reto a cualquiera que diga que es especialista en cualquiera de esas disciplinas, porque realmente es muy difícil que lo sea.

Quisiera recordar lo más sublime del Festival, porque el Cervantino es muchas cosas, entre ellas, los personajes que acudieron a Guanajuato, como el bailarín ruso Rudolf Nureyev. Por cierto, creo que ninguna crónica en 1982 se refirió de manera puntual a que era ya un hombre que rebasaba los 40 años, en decadencia y con VIH.

Vanguardia artística

En México hay vanguardias, pero muchas veces no las reconocemos, porque nos atrapa la fama de personalidades como Leonard Bernstein o como los grandes artistas que aparecían en la televisión, o en el *New York Times*, *Le Monde* o *The Guardian*.

Lo que quiero decir es que a veces los mexicanos nos quedamos con la idea de que en la fama se encuentra lo valioso,

cuando en realidad muchas veces los movimientos vanguardistas están soterrados. En ese contexto, el director de teatro Tadeusz Kantor (1915-1990) para mí fue un descubrimiento extraordinario; era uno de los grandes de la historia del teatro, y no se presentó en el máximo foro cervantino, sino en el Teatro Cervantes.

El Teatro Juárez era el recinto sagrado donde iban el gobernador, o la esposa del presidente de México, y con dificultad podíamos entrar los reporteros. Creo que eso hay que decirlo: nos invitaban para cubrir y nos daban los peores lugares; yo siempre me he quejado de que nos traten sin consideración, no me gusta, y sí lo quiero decir: nos ponen sillas extra que son incómodas, nunca tenemos el privilegio de estar sentados en las butacas de los foros.

El tercer gran hallazgo en el Cervantino fue el actor, director y dramaturgo inglés Lindsay Kemp, quien trajo a México *Flowers*, uno de los montajes más extraordinarios, basado en la obra *Nuestra señora de las flores*, del francés Jean Genet (1910-1986). Es la historia de prisioneros gays en celdas, es el deseo escondido, es la represión sexual, es la alegría de ser lo que uno quiere ser, es convertirse en el propio deseo.

Me gustaría muchísimo hablar de dos grandes aciertos del teatro mexicano que dieron un fuerte golpe vanguardista. El primero, Mauricio Jiménez, quien con la obra *Lo que calan los filos* presenta la historia de la Conquista basada en una adaptación que hizo de textos de Miguel León-Portilla, de Nezahualcóyotl y de la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo (1492-1585). Mauricio Jiménez hizo una gran adaptación y utilizó las escaleras de una iglesia.

Otro gran campanazo en la historia del teatro mexicano lo dio Jesusa Rodríguez (1955), con *Donna Giovanni*, una ópera cantada y musicalizada que provocó lo que llamo la gran contradicción del arte, pues gusta o no gusta, se acepta o se rechaza. Los especialistas en ópera la denostaron.

Con eso se demuestra que en México hay grandes artistas, como el dramaturgo mexicano Héctor Mendoza (1932-2010), quien en el Cervantino montó su versión de la tragedia del príncipe de Dinamarca, de William Shakespeare, y la tituló también *Hamlet*; era teatro ensayo, como le llamaba el propio maestro, es decir, teatro para pensar, no teatro para pendejos.

Yo escribí acerca de *Hamlet* y me gané con ese texto el concurso periodístico El Gallo Pitagórico. Me siento muy orgulloso, porque ese premio me lo dio Fernando de Ita, a quien admiro y aprecio, y aunque no tenemos puntos de vista en común, puedo asegurar que es uno de los grandes reporteros culturales que ha tenido México.

Es una pena que El Gallo Pitagórico, un premio de periodistas para periodistas, sólo se haya otorgado en cuatro ocasiones. Y quiero añadir, porque muchos no lo saben, que este certamen tomó el nombre de un personaje liberal del siglo XIX que escribía en contra del régimen de Porfirio Díaz.

Nunca el gobierno del estado ni el Conaculta tuvieron la inteligencia de pensar en un premio para periodistas culturales que hubiera sido tan importante como el Premio Fernando Benítez, que se da en Guadalajara.

No es la única escuela

Estoy en contra de pensar que el Cervantino es una escuela de periodismo cultural, porque en México hay un arte inconmensurable.

Sin embargo, estoy de acuerdo con que en el Cervantino hemos apreciado sucesos extraordinarios, como la exposición de dos grandes: el grabador mexicano José Guadalupe Posada (1852-1913), y el artista belga James Ensor (1860-1949). Yo estudié historia del arte en Madrid, y puedo afirmar que antes del centenario del grabador mexicano, gracias a la iniciativa de Francisco Toledo (1940), con la curaduría de Olivier Debrouse (1952-2008), vimos un diálogo entre ambos artistas, que eran

contemporáneos. Hacían prácticamente lo mismo con sus historias mitológicas, uno en Brujas, Bélgica, y el otro con sus calaveras, en México.

Para concluir, quisiera agregar que no tenemos que deslumbrarnos con el Cervantino como si todo lo que se trajera del extranjero fuera maravilloso: también hubo cosas muy malas.

***El Cervantino, impulsor
de la conglomeración cultural***
Víctor Roura

Cuando comenzó el FIC, quienes cubríamos el área cultural lo veíamos como una secuela de los grandes festivales masivos que comenzaron en el mundo en los sesenta y setenta.

Durante el nacimiento de este encuentro cultural en la ciudad de Guanajuato, el rock estaba prohibido, y no fue avalado como expresión artística por el sistema político del país sino hasta 1991; es decir, antes de esa fecha no existían conciertos masivos, ni la permisividad para la conglomeración juvenil.

Entonces, el FIC dio la pauta para la reunión masiva, para las asambleas, para que pudiera escucharse música, verse teatro y apreciarse el arte desde otra perspectiva. Creo que eso fue importante del Cervantino, porque abrió la posibilidad de la congregación masiva; surgió cuando las músicas, digamos modernas, estaban prohibidas en el país.

Me acuerdo que yo dirigía la revista *Melodía: diez años después*, que se creó justamente a una década de los acontecimientos de 1968, y me llamaron desde la dirección del Cervantino para pedirme algunos consejos. Me preguntaron si era bueno traer a Alice Cooper (1948) y a personalidades de ese tipo; les dije que era importantísimo, que lo hicieran porque en México el rock estaba visto con mucha precaución, con mucho temor, y si el FIC podía abrirle las puertas, sería una liberación política y cultural. Finalmente, no trajeron nunca a ningún rockero, yo creo que porque la prohibición era tajante; era tal

que incluso los Rolling Stones (1962) no pasaban por México para ir a Argentina.

Debemos recordar que en 1971 se organizó el Festival de Avándaro, en Valle de Bravo, con la idea de que los jóvenes pudieran reunirse para contrarrestar un poco la política autoritaria que se vivía en el país, pero, en el fondo, la intención era justificar la represión política. Cuando Luis Echeverría dijo que los jóvenes eran libres, no lo fueron en realidad, porque ese concierto se desarrolló en medio de una trampa de ratón, donde todos estaban vigilados. A partir de ese 11 de septiembre de 1971 el rock fue aún más castigado por la sociedad mexicana como un plan del sistema mexicano para que la sociedad y los políticos grandilocuentes afirmaran que el rock significaba droga y libertinaje.

Entonces, a partir de ese momento todo se canceló y el Cervantino llegó para aparentar o para simular un supuesto ambiente de permisividad.

La política es más poderosa que las ideas culturales, por lo que no se permitió la libre entrada del rock al FIC sino hasta mucho tiempo después; yo creo que cuando el "salinato" (sexenio de Carlos Salinas de Gortari) fue que se permitió la congregación juvenil para poder ver rock sin represión. Esto ocurrió en México cuando vino el primer grupo, INXS (1977-2012), que contó con el permiso del gobierno para presentarse en el Palacio de los Deportes.

En el FIC también hubo una apertura con la presencia del hijo de Bob Marley (1945-1981), Julian Marley (1975), con su Skool Band Jamaica en 1991, en el parque deportivo Aguilar y Maya. En esa fiesta la gente no tenía idea realmente de qué era una reunión masiva, al menos por unas dos horas. De algún modo el Cervantino echó la semillita para que poco a poco las autoridades se fueran convenciendo de que el rock no era dañino; la dañina era la represión policiaca, las ideas burocráticas y el retraso ideológico de los políticos.

Posteriormente, se presentó El Tri (1984) de Alex Lora (1952), que es el símbolo de la popularidad rockera, que siempre ha

demostrado una solvencia de identificación con la gente, pero nunca ha demostrado una capacidad organizativa musical.

Después llegaron al Cervantino Los Tigres del Norte; se puede decir que de esa apariencia de popularidad se apropia el Cervantino, y creo que lo hace bien, para poder otorgar una música llamada "popular" a la juventud que quizá no puede tener la oportunidad de asistir a esos conciertos en diferentes estados de la república.

Hay una parte importante señalada en tu libro *Festival Internacional Cervantino. Visiones de un mismo escenario*, donde los periodistas alaban la oportunidad de congregarse y poder convivir, pero esto no es suficiente, porque a pesar de que van buenos periodistas, buenas plumas, buenos observadores y algunos críticos, creo que la mayoría de los reporteros es insolvente y débil en su escritura y en su propio criterio. Así que la idea del querido Manuel Blanco (1943-1998) acerca de que el Cervantino pudo reunir a la prensa cultural sucedió en el pasado; ahora el panorama es distinto, ya que existen otros festivales que quizás estén replicando al FIC, y tal vez ahí se encuentren los mismos periodistas. En ese sentido, no creo que este Festival sea el único eje que puede unificar a la prensa cultural.

Sin reproches

Gracias al intercambio con las embajadas de los diversos países, se logra conformar gran parte del programa del FIC. Creo que no hay que reprochar, como a veces he escuchado, que el Festival no tiene la calidad deseada, pues finalmente los organizadores hacen su mejor esfuerzo, aunque muchas veces el burocratismo los obstaculice.

Otro asunto que me parece muy disparate por parte de los organizadores del Cervantino es su actitud con la prensa. En los 25 años que estuve en el periódico *El Financiero*, no nos dieron publicidad relacionada con la programación del Fes-

tival; sin embargo, veíamos los suplementos pagados en *La Jornada*, en *Reforma* y en otros diarios. Este tipo de hechos no es democrático, corresponde a una actitud absolutamente sectaria y parcializada. La política cultural debe ser abierta y equitativa, lo cual no sucede. Y esta misma actitud puede entorpecer incluso la propia actividad cultural, porque finalmente los medios viven de una repartición publicitaria.

Lo que me parece un gran aprendizaje que ha dejado el Cervantino es que fue el primer festival en el país que pudo reunir poco a poco a numerosas personas para convivir culturalmente. De lo que he visto, me quedaría con ese gran concierto del hijo de Bob Marley, donde hubo una fabulosa conglomeración juvenil. Una de las aportaciones de este encuentro es justamente la convivencia cultural.

Lo que me abochorna del Cervantino es ver a esos grupos juveniles que, en lugar de dialogar culturalmente, se quedan en las calles, muchas veces cantando canciones televisivas. El Festival ya no cumple el objetivo que quizá se pretendió en un principio: reunir a las personas para que se enriquecieran culturalmente, ya que los asistentes ahora van para hacer sus propios festivales grupusculares, sin importar el aprendizaje cultural.



Arriba de izquierda a derecha: Abida Ventura, María Elena Matadamas, Carolina Merry MacMasters. *Abajo* de izquierda a derecha: Carlos Paul, Luis Carlos Muñoz. En el Teatro Juárez de la ciudad de Guanajuato/ Fotografía de Jorge



López Hidalgo, Leticia Sánchez Medel, Verónica Espinosa, Angélica Abelleira y Sánchez, Raúl Díaz, Juan Carlos Castellanos, Arturo Mendoza Mociño y Fabián Vargas.